

# ✠ Si conocieras el Don de Dios... ✠

## *Si Scires Donum Dei...*

*“¡Amemos a Jesús, que derramó Su sangre para salvar nuestras almas y obtener nuestro amor! Amemos a Jesús obedeciéndolo, imitándolo, contemplándolo... Fortalezcamos nuestro amor uniéndonos a Él en la Sagrada Eucaristía con la mayor frecuencia posible. Abandonémonos a Él como la esposa al esposo, hagamos por Él los mayores sacrificios...”*

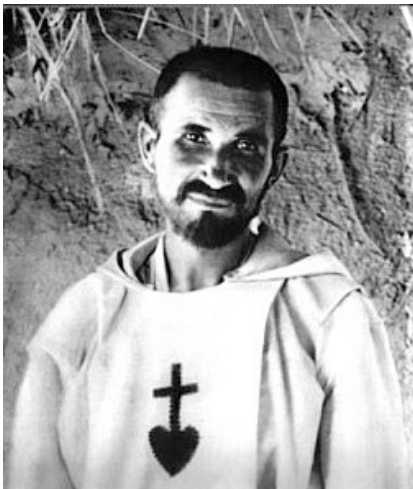
– Beato Charles de Foucauld



## *El amor de Dios, el amor de los hombres será mi vida entera...*

Un joven entra en un confesionario de la iglesia de San Agustín, en París, se inclina ante el sacerdote y dice: «Señor párroco, no tengo fe; vengo a pedirle que me instruya». El sacerdote lo examina con la mirada «Póngase de rodillas, confiésese con Dios y creará. –Pero, no he venido para eso« –¡Confiésese!». El que quería creer, siente en ese momento que el perdón es la condición para alcanzar la luz. Arrodillado, confiesa toda su vida. Una vez el penitente ha recibido la absolución de sus pecados, el párroco prosigue: «¿Está usted en ayunas? –Sí. –¡Vaya a comulgar!». El joven se acerca inmediatamente a la santa mesa; era su «segunda primera Comunión» El hecho acontece a finales de octubre de 1886. Ese sacerdote, famoso por su habilidad a la hora de dirigir almas, es el párroco Huvelin, y ese joven de 28 años se llama Charles de Foucauld.

Charles de Foucauld (1858-1916) fue un asceta ermitaño que antes de su conversión fue un *playboy* francés y murió en el desierto de Argelia, asesinado por rebeldes que buscaban oro y armas. No fue un católico común y corriente. Desafió el sentido común y los consejos de casi todo el mundo, primero como ex soldado del ejército francés que exploró los



desiertos de Marruecos y Argelia enfrentando graves peligros y luego como un santo ermitaño que vivía bajo un régimen de malnutrición que lo hizo perder sus dientes y envejecer prematuramente cuando tenía 50 años. Según relataba él mismo, jamás convirtió una sola alma al catolicismo.

A pesar de que inicialmente se sintió llamado a una vida de ermitaño en la línea de los ascetas del siglo VI, de Foucauld viajó también por África y Francia. Los últimos años de su vida los vivió en Tamanrasset/Hoggar, en la región sur de Argelia, entre los tuaregs nómadas.

De Foucauld creía que el llamado de su vida era el amor: «Ocupémonos de aquellos que carecen de todo», decía él, «de aquellos a quienes nadie les da ni un pensamiento. Seamos amigos de los que no tienen amigos, seamos sus hermanos. El amor de Dios, el amor de los hombres, eso es y será mi vida entera, espero. Cuando podemos sufrir y amar, hacemos mucho, más de lo que cualquiera puede hacer en este mundo». Su amor era alimentado por el Amor mismo—Jesús Eucaristía. Pasaba muchas horas en oración ante el Santísimo Sacramento.

Se dice que el Padre Foucauld no predicaba de ningún modo la fe y que se limitaba a una presencia muda en medio de los musulmanes. Cuando alguien se presentaba a la puerta de su ermita, él aparecía con la mirada llena de serenidad y la mano tendida, envuelto en una túnica blanca con un corazón rojo coronado por una cruz. Esa imagen del Sagrado Corazón proclamaba la fe de este hombre blanco. Pero así cumplía con la misión de la comunidad de «Hermanitos del Sagrado Corazón de Jesús», fundada por él y cuyo carisma era hacer conocer y amar a Jesús mediante una vida de oración, de caridad y pobreza, en medio de pueblos que no conocen al único Salvador.

Era muy apreciado por los tuaregs-hoggar, que eran parte de las seis tribus tuareg que habitaban en Tamanrasset. De las seis, tres se some-

tieron a Francia y tres le eran hostiles, organizando éstas últimas la revuelta que llevó a unos rebeldes a matarlo. Los bandidos, en busca de armas y oro, irrumpieron en su ermita y le dispararon a bocajarro en la cabeza: murió al instante.

Había dedicado su vida a darles a conocer al verdadero Dios encarnado en Jesucristo, a hacerles experimentar la misericordia que él mismo había recibido en forma tan particular y de la que quiso erigirse en heraldo.

Pasaron veinte días antes de que el capitán francés La Roche pudiera ingresar a Tamanrasset. En la tumba del padre, plantó una cruz de madera. Al entrar en la ermita que los bandidos han saqueado, encuentra el rosario del padre, un Vía Crucis que había dibujado a tinta con esmero en unas tablillas y una cruz de madera con una hermosísima imagen de Cristo.

Al remover el suelo con el pie, el joven oficial descubrió en la arena una pequeña custodia donde permanecía todavía encerrada una sagrada forma. La recogió con respeto, la limpió y la envolvió en un paño. Cuando llega el momento de dejar Tamanrasset, la colocó delante de él, en la silla del dromedario, recorriendo de ese modo los 50 kilómetros que separan Tamanrasset de Fort-Motyliniski. ¡Era la primera procesión del Santísimo Sacramento que se realiza en el Sahara!

El capitán de La Roche recuerda una conversación que había mantenido con el padre Foucauld: «Si le ocurriera alguna desgracia –preguntaba–, ¿qué habría que hacer con el Santísimo Sacramento? –Hay dos soluciones: realizar un acto de contrición perfecto y comulgar usted mismo, o bien enviar la sagrada forma por correo a los Padres Blancos». No puede resignarse a la segunda solución; así pues, tras llamar a un suboficial, antiguo seminarista y cristiano ferviente, el capitán se pone unos guantes blancos que nunca antes ha usado para abrir la custodia. Ahí esta la sagrada forma, tal como el sacerdote la había consagrado y adorado. Ambos jóvenes

se preguntan quién de los dos va a recibirla. Finalmente, el suboficial se arrodilla y comulga.

Mediante su ardiente amor hacia Jesús en el sagrario, fray Carlos se adelantaba a la llamada que, un siglo más



### **Dios con nosotros**

*En la Santa Comunión, Dios nos habita físicamente. Como lo hicieron María, José, Magdalena, tocamos con nuestros labios el cuerpo de Nuestro Señor...*

*La Eucaristía no es solamente el "beso" de Jesús, la consumación de nuestro "matrimonio" con él. La Eucaristía nos hace sagrarios vivos, portadores de Dios. Jesús está en la mesa de nuestros altares "todos los días hasta la consumación de los siglos" como un "Dios con nosotros" que se ofrece en todo momento en todos los lugares de la Tierra.*

*Él se hace pan eucarístico para nuestra mirada, nuestra adoración y nuestro amor. Su permanente presencia ilumina con dulzura la noche de nuestra vida...*

*Dios con nosotros. Dios en nosotros. Eso es la Eucaristía. Dios que se da en todo momento para que lo amemos, lo adoremos, lo abracemos y lo poseamos. ¡A Él sea la gloria, la alabanza y el honor por los siglos de los siglos!*



tarde, el siervo de Dios Juan Pablo II lanzaba a toda la Iglesia: «Queridos hermanos y hermanas» Aquí está el tesoro de la Iglesia» En la Eucaristía tenemos a Jesús, tenemos su sacrificio redentor, tenemos su resurrección, tenemos el don del Espíritu Santo, tenemos la adoración, la obediencia y el amor al Padre. Si descuidáramos la Eucaristía, ¿cómo podríamos remediar nuestra indigencia? En el humilde signo del pan y el vino, transformados en su cuerpo y en su sangre, Cristo camina con nosotros como nuestra fuerza y nuestro viático y nos convierte en testigos de esperanza para todos» (*Ecclesia de Eucharistia*, 17 de abril de 2003, 59, 60, 62).

Carlos de Foucauld, que fue beatificado en Roma el 13 de noviembre de 2005, amó la Eucaristía como si viera en ella, con sus propios ojos a Cristo presente. Pidámosle que encienda en nuestras almas un amor cada vez más ardiente hacia Él, que quiere permanecer entre nosotros para ser nuestro confidente, nuestro apoyo, nuestro amigo verdadero y fiel.